



LOS ROSTROS DE LA ESPERANZA

POR: FR. IVÁN FERNANDO MEJÍA O.P.



Peregrinar es una acción que nos pone en salida para movernos del lugar de comodidad en el que a veces caemos cuando creemos que tenemos la sartén agarrada por el mango.

Otras veces son nuestros miedos, dudas y cavilaciones los que nos atan y no nos permiten ir hacia las periferias de la existencia, movernos nosotros en primer lugar hacia nuestros hermanos y nuestras hermanas, sobre todo aquellos más lejanos, aquellos que son olvidados, que tienen más necesidad de comprensión, de consolación, de ayuda.

La esperanza, es esa virtud que no defrauda (Romanos 5,5) y nace del amor, es desde los orígenes del cristianismo el signo de aliento para la comunidad.

En la tradición judeocristiana, el jubileo es un tiempo de gracia en el que se experimenta la misericordia de Dios y el don de su paz.

Es un tiempo en el que los pecados son perdonados, la reconciliación supera la injusticia y la tierra reposa.



Hay un aspecto de la esperanza que me parece relevante para reflexionar de cara al año jubilar. Es la importancia de que cultivemos la virtud frente a su opuesto, la desesperanza, un mal que nos aqueja en medio de una globalización cada vez mayor de la indiferencia y de la cultura del yo.

La esperanza nos sostiene y nos mantiene en movimiento. Es el motor para que vivamos una Iglesia en salida, con ese dinamismo que Dios quiere provocar en los creyentes y del que tenemos numerosos ejemplos bíblicos.

Es también la virtud que nos da fuerza a diario ante los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia y para aceptar el llamado a salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del evangelio (EG 20).





Por eso necesitamos abrirnos más a la esperanza ofrecida por el Evangelio, que es el antídoto para el espíritu de desesperanza que crece en la sociedad.

Es la virtud que nos mantiene firmes mientras navegamos las aguas turbulentas de un mundo en el que cada vez aparecen más peligros, como la atracción del materialismo que asfixia los auténticos valores espirituales y culturales y el espíritu de competencia desenfrenado que genera egoísmo y conflictos.

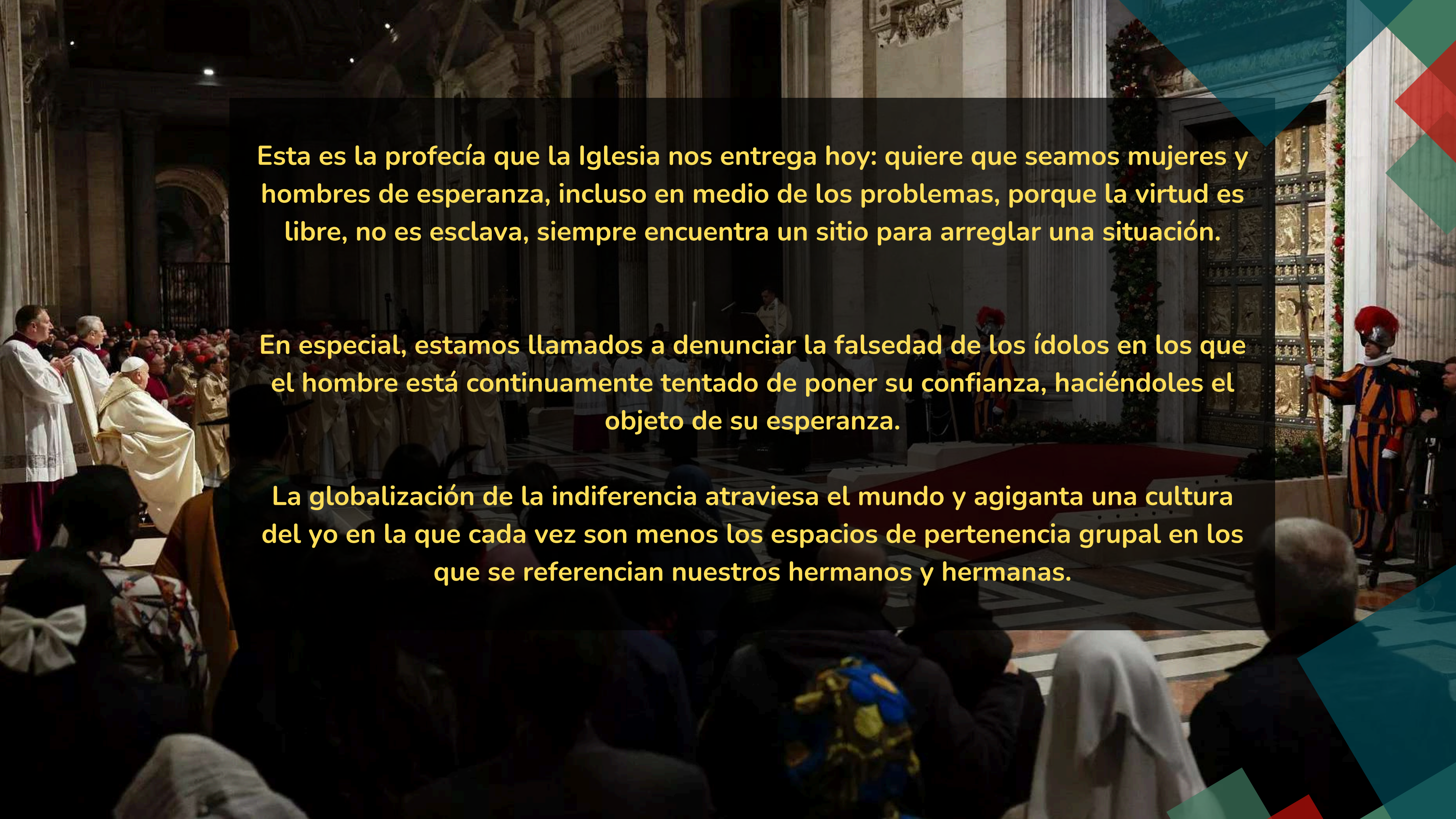
Los miembros de la Iglesia tenemos a la esperanza como antídoto, también, contra lo que he llamado la mundanidad espiritual, que a diferencia de todas las otras tentaciones es difícil de desenmascarar, porque está cubierta de todo lo que normalmente nos da seguridad: nuestro cargo, la liturgia, la doctrina, la religiosidad.

La esperanza nos mantiene en salida, nos hace esa Iglesia misionera hacia las periferias y hacia nuevos ámbitos socioculturales.

Lo importante es estar en movimiento y superar la tentación de permanecer paralizados o, peor aún, de perdernos en los temores que se instalan dentro de los muros interiores que levantamos nosotros mismos.

Una Iglesia misionera y en movimiento es una Iglesia abierta. Abriendo las puertas y los corazones sacamos ese olor a naftalina espiritual propio de quien sólo se preocupa por sus intereses y, como consecuencia, ni aprende de sus pecados ni se entrega al perdón.





Esta es la profecía que la Iglesia nos entrega hoy: quiere que seamos mujeres y hombres de esperanza, incluso en medio de los problemas, porque la virtud es libre, no es esclava, siempre encuentra un sitio para arreglar una situación.

En especial, estamos llamados a denunciar la falsedad de los ídolos en los que el hombre está continuamente tentado de poner su confianza, haciéndoles el objeto de su esperanza.

La globalización de la indiferencia atraviesa el mundo y agiganta una cultura del yo en la que cada vez son menos los espacios de pertenencia grupal en los que se referencian nuestros hermanos y hermanas.

En medio de una época en la que casi todo es líquido o ligero, la esperanza nos habla en cambio de una realidad que está enraizada en lo profundo del ser humano, independientemente de las circunstancias concretas y de los condicionamientos históricos en que se da.

Nos habla de una sed de plenitud, de vida lograda, de elevar el espíritu hacia cosas grandes como la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor.

Por eso la esperanza requiere también estar dispuestos a no dejarse seducir por lo efímero y volátil, por el hedonismo vacío y las promesas de un placer inmediato, autorreferencial y egoísta.



La esperanza tiene audacia y mira más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y de compensaciones que estrechan el horizonte para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna.

La esperanza cristiana no tiene sólo una respiración personal o individual, sino comunitaria o eclesial.

Todos nosotros esperamos; todos nosotros tenemos esperanza, por lo que un camino de esperanza requiere una cultura del encuentro, del diálogo, que supere los contrastes, y el enfrentamiento estéril.



¡GRACIAS!



Por: Fr. Iván Fernando Mejía O.P.

Referencia: Papa Francisco. La
esperanza no defrauda nunca.
Bilbao-Ediciones Mensajero,
pp. 19-31.

